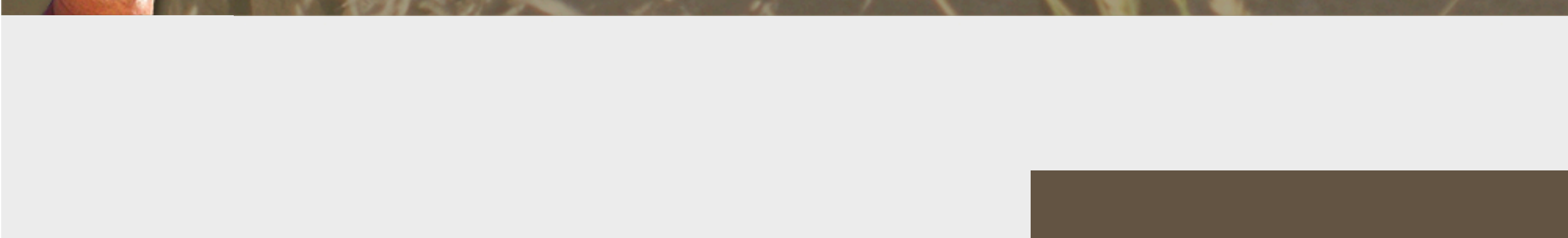




Depredadores

Experiencias con el Águila mora

(*Geranoaetus melanoleucus*)



por
Eduardo
De Lucca

Un día de fines de septiembre como hoy, pero exactamente hace un cuarto de siglo, (transcurría el año 1987), Miguel D. Saggese y quien escribe, iniciábamos el primer estudio sobre la biología reproductiva del Águila Mora (*Geranoaetus melanoleucus*). Si bien para ese entonces, ambos estábamos cursando la carrera de Veterinaria de la Universidad de Buenos Aires, el ingreso, un par de años antes, a la Asociación Ornitológica del Plata (AOP, ahora Aves Argentinas) y, en especial, el haber desarrollado una pasión por las aves de presa, nos alejaba, con prisa y sin pausa, de las aulas de esa alta casa de estudios.

Una de esas “tardes de AOP” de los 80s conocimos a Jerónimo Zancaner, un joven cuyo padre había adquirido, en los meses previos, una estancia de unas 22.000 hectáreas, denominada “El Cuadro”, lindante al Monumento Natural Bosques Petrificados, en la provincia de Santa Cruz. Ese día, Jerónimo proyectó unas diapositivas obtenidas en su campo, en las que las Águilas Moras eran las protagonistas. “¿Existe la posibilidad de ir a tu campo y hacer un estudio?” fue la pregunta que no se hizo esperar. Así, luego de medio año de preparativos, nos subíamos al avión Fokker que nos llevaría a Comodoro Rivadavia y de allí, vía terrestre a “El Cuadro”. La región colmó nuestras expectativas, de forma tal, que los cuatro meses que allí pasamos, dejaron, en aquellos jóvenes que éramos, una huella indeleble. Es esa marca, aún candente, la responsable de que a 25 años de esa experiencia, la vida aún nos encuentre realizando frecuentes viajes a suelo patagónico para conocer más acerca de “nuestras” rapaces australes. Sepa disculpar el lector la nostálgica introducción, pero, si como dicen, “20 años no es nada”, 25 no es poco, y muchos de los datos que a continuación y en futuras ediciones se presentaran, tuvieron su germen en aquellos tiempos. Es por este motivo que me he tomado la licencia de dedicar esta primera entrega de “predadores de argentina” a esa magnífica ave que es Águila Mora.

Acceder a un nido de estas águilas puede resultar una tarea medianamente sencilla o una de un altísimo riesgo. Tanto en la estepa como en los litorales patagónicos nuestra experiencia ha sido con nidos muy voluminosos.

Generalmente ubicadas en repisas de altos paredones, algunas de estas plataformas suelen estar adornadas y protegidas por un “techo”, lo cual no las convierte en las predilectas de los investigadores ya que muchas veces se hace muy complicada la observación de sus con nidos y dificultoso el acceso a las mismas. En el mejor de los casos, y con la suerte de nuestro lado, cada tanto podremos localizar nidos en paredes relativamente bajas, menores a los 10 metros de altura, a escasa distancia de sus bordes superiores y sin un techo! Pero, incluso en estos casos, que resultan tan favorables para nosotros, los rapazólogos, si es que pretendemos obtener datos, tanto de los nidos, como de los pichones, es indispensable contar con equipo de montañismo básico y el haber dedicado algunas horas a la práctica de las técnicas de rappel. En “El Cuadro”, una vez nacidos los pichones solíamos descender a los 5 nidos en estudio cada 4 días (hacerlo antes de la explosión de los huevos incrementa el riesgo de que las parejas abandonen la nidada). Esta actividad la desarrollábamos “en solitario” descolgándonos a los nidos luego de sujetar una soga a un anclaje, elaborado con tres estacas de hierro empotradas entre algunas rocas del “filo”, por sobre la ubicación de los nidos.

Una vez en el nido colocábamos a los pichones en una mochila, regresábamos al filo, y allí sí, con comodidad, obteníamos las medidas que necesitábamos. Sobre el final del período de crianza en el nido (nestling period), los pollos habían alcanzado un tamaño tal, (frecuentemente las “hijas” superan el tamaño del padre) que solo manipularlos, o más aún, intentar colocarlos dentro de una mochila, “en solitario”, era misión imposible. Para subsanar este inconveniente, empleábamos dos cordadas y descendíamos juntos al nido para poder obtener la información requerida. Si estas “intrusiones” al corazón mismo del territorio de una pareja de águilas suponen riesgos, imagínese el lector, la realización de estas tareas en un escenario dominado por intensas ráfagas de viento patagónico y con constantes ataques de las enfurecidas águilas, en vuelo de picado, para completar la coreografía.



Ficha:

Nombres comunes:
Águila Mora, Águila Escudada, Águila de la Sierra, Calquín.

Nombre científico:
Geranoaetus melanoleucus

Subespecies o razas:
2 (G.m melanoleucus y G.m. australis).

Dimorfismo sexual:
marcado en tamaño (hembras mayores que machos) pero inexistente en plumaje.

Plumaje juvenil:
muy distinto al de los adultos, marrón jaspeado y con las plumas de la cola más largas, siendo por lo tanto, la silueta de vuelo, distinta a la de los adultos.

Largo:
60-76 centímetros

Peso:
1.500-3200 gramos

Envergadura:
150-190 centímetros

Carga alar: (gramos que soporta cada cm2 de superficie de ala):
0,2

Distribución:
Venezuela a Tierra de fuego

Ubicación de los nidos:
paredones, acantilados, árboles.

Construye nido:
sí

Puesta/número de huevos:
1 a 3

Período de incubación:
unos 40 días

Período de crianza en el nido:
alrededor de 2 meses.

Alimentación:
lagomorfos, roedores, aves, reptiles, carroña.

Estatus:
No amenazada

Amenazas:
1) persecución directa por parte del hombre por culpa de depredar sobre corderos.
2) Indirecta, debido al uso de venenos destinados a carnívoros en conflicto con el hombre (pumas, zorros).
3) Actividades de recreación, como parapente y montañismo, pueden desalentar el uso de territorios aptos para nidificar.



Al parecer, nos había tocado un excelente año para hacer estos estudios, con abundancia de agua en la estepa y, por lo tanto, con un gran número de presas para el deleite de las rapaces. Desafortunadamente, este escenario favorable parece no haberse vuelto a repetir desde entonces. En 1999 solo pude hallar tres de las parejas del 87 (exitosas por cierto) y por lo que sé, en esa área nunca volvieron a registrarse esas densidades. La erupción del volcán Hudson, el calentamiento global y la sequía resultante, pueden ser algunas de las explicaciones para el aparente fracaso de “nuestras” águilas en su intento por reproducirse con la densidad de la temporada 87-88 (una pareja cada 2160 hectáreas) en esos territorios. En otro contexto, se podría pensar como responsable de esta “baja” en esa población al accionar directo/indirecto del hombre, ya que en nuestro estudio nos enteramos de la destrucción de nidos por parte de pobladores del área y fuimos testigos del intento por eliminar una nidada apedreandola. Asimismo, era práctica corriente, el uso de cebos envenenados con estricnina para combatir al zorro colorado (*Dusicyon culpaeus*). En la actualidad, estas amenazas pueden descartarse, ya que, desde hace varios años, la estancia “El Cuadro” ha sido adquirida por la Administración de Parques Nacionales con la finalidad de incrementar la superficie del Monumento Bosques Petrificados.

En la actualidad dirijo el proyecto “Aves de Presa del Nordeste Patagónico” en el marco del recientemente creado Centro de Estudios y Manejo de Predadores de Argentina (CEMPA). Ya llevamos dos temporadas relevando rapaces en los acantilados de Río Negro. Hemos hallado varios nidos de estas aves, entre los cuales se cuentan tres nidos activos y exitosos de Moras. En futuras campañas esperamos localizar un mayor número, si es que logramos expandir el área de estudio. Tenemos conocimiento del uso, en grandes extensiones del sur de la provincia de Buenos Aires y del norte de Río Negro, de venenos para combatir a carnívoros como el Puma (*Puma concolor*). Se hace urgente evaluar la gravedad de este flagelo que sin dudas afecta a las rapaces para ponerle coto. Observar a un águila mora surcando los cielos es uno de esos espectáculos imponentes que la naturaleza nos ofrece. Su silueta tan particular, de excelso diseño, fácilmente identificable (podríamos afirmar que “la hicieron y se rompió el molde”), ha sido perfeccionada a través de miles de años de evolución y es la que le permite dominar con elegante maestría vientos impetuosos y emplearlos a voluntad. Una pareja de águilas cazando o defendiendo su territorio, enmarcada por montañas, estepas o mares, constituye una experiencia altamente recomendable, una vivencia que todo amante de la naturaleza merece tener a su alcance para poder disfrutar

Desde aquellos primeros descensos a nidos de *Geranoaetus*, algo me ha llamado poderosamente la atención; existe, en estas aves, variaciones respecto a sus conductas territoriales, incluso, entre las distintas parejas de una misma área. Ante la presencia de humanos en sus territorios, algunas de ellas simplemente vocalizan alarmadas, mientras que otras, en cambio, atacan con tanta fiera, son tan pero tan vehementes, que la adrenalina del investigador alcanza concentraciones plasmáticas insospechadas, se nos eriza la piel y los pelos se nos ponen de punta (en mi situación capilar actual esta sensación probablemente se debe al efecto del “pelo fantasma”). Recientemente, con Maximiliano Bertini (Max), guardia ambiental de Río Negro, compartimos una incursión a un territorio de nidificación de Moras ubicado en unos acantilados del litoral riogrentino. Ubicado el el borde del acantilado Max intentaba determinar la posición del nido sin percibir que la “dueña de casa” se aproximaba. La velocidad a la que descendía ese magnífico animal y la distancia que separaron sus garras de la humanidad de mi compañero fueron tales, que por un instante perdió el sentido del equilibrio y lo vi trastabillar. Luego de que recuperamos el aliento, la imagen mental de mi amigo, “desparado”, luego de una breve caída libre, en las intimidantes arenas ubicadas a más de 30 metros de distancia, me acosó durante el resto del viaje mientras recorríamos esos precipicios costeros en busca de otros nidos. También recuerdo a una pareja de “El Cuadro” que había instalado su residencia ver niega en un cortado frente a un amplio valle muy peculiar, al que solíamos denominar, sin mucho ejercicio de nuestra imaginación, como el “valle lunar”. Cada vez que visitábamos a este casal, la única posición corporal posible para acceder al borde superior del paredón era la de “cuerpo a tierra. El haber realizado un estudio desde fines de septiembre del 87 hasta enero del 88 nos brindó la oportunidad de observar vuelos de cortejo, apareamientos y de conocer la duración de los períodos de incubación y de crianza en el nido de estas parejas (ver ficha). Mejor aún, tuvimos el privilegio de seguir muy de cerca la actividad diaria de una de las parejas, a la que le dedicamos casi 400 horas de observación a lo largo de esos meses. Así pudimos determinar, entre tantas cosas, que durante la incubación el macho desempeñaba un rol relativamente importante en la incubación y que, durante el período de crianza en el nido, la hembra atendía en el nido a los pichones más del 60% del tiempo. Si bien la permanencia del macho junto a sus “hijos” no llegaba al 11% fue el, con su incansable ir de aquí para allá, el principal proveedor de alimento durante el ciclo reproductivo. El menú principal tanto de los adultos como de los jóvenes comensales en la estepa de Santa Cruz eran las liebres europeas (*Lepus europaeus*), alternando, cada tanto, con algún que otro piche (*Zaedyus pichiy*) y con lagartijas (*Liolaemus* sp, *Diplolaemus* sp) y pichones de aves como postre. En una ocasión, estupefactos, observamos como un piche, que caminaba medio vivo/medio muerto por el borde de uno de los nidos, buscaba, desesperadamente, una salida a su precaria situación. Finalmente cayó, desde 25 metros, sobre las rocas de la base de ese paredón basáltico.

La observación de otro de los nidos del área, en los días posteriores al nacimiento de los pichones, nos permitió detectar un comportamiento, no poco frecuente entre las águilas, pero desconocido hasta ese entonces para esta especie, el denominado fenómeno de Caín y Abel, en donde uno de los pichones perece, al ser atacado por su hermano.



Literatura recomendada

BROWN, L. y D. AMADON. 1968. Eagles, hawks and falcons of the world. McGraw-Hill, New York.

DE LUCCA, E.R. y M.D. SAGGESE. 1989. Rapaces patagónicas: Factores que las afectan. Nuestras Aves 17: 33, Buenos Aires.

DE LUCCA, E.R. y M.D. SAGGESE. 1993. Biología reproductiva de *Geranoaetus melanoleucus*. Primera Reunión de Ornitología de la Cuenca del Plata. Libro de Resúmenes. Puerto Iguazú, Argentina.

DE LUCCA, E.R. y M.D. SAGGESE. 1995. Fratricidio en el Águila Mora *Geranoaetus melanoleucus*. El Hornero 14: 1 y 2: 38-40, Buenos Aires.

DE LUCCA, E.R., M. BERTINI y A. QUAGLIA. 2012. Nidificación del Águila Mora (*Geranoaetus melanoleucus*) y del Aguilucho Común (*Buteo polyosoma*) en el litoral marítimo del Nordeste patagónico. Argentina. Nótulas faunísticas: Segunda Serie, 103 (2012): 1-10

JIMÉNEZ, J. E. y F. M. JACKSIC. 1990. Historia natural del Águila *Geranoaetus melanoleucus*: una revisión. El Hornero 13 (2): 97-110, Buenos Aires.

PAVEZ, E.F. 2001. Breeding biology of the black-chested eagle *Geranoaetus melanoleucus* (Aves: Accipitridae) in central Chile. Revista Chilena de Historia Natural 74: 687-697.

PAVEZ, E.F., C.A. GONZALEZ y J.E. JIMÉMEZ. 1992. Diet shifts of black chested eagles (*Geranoaetus melanoleucus*) from native prey to European rabbits in Chile. Journal Raptor Research 26:27-32.

SAGGESE, M.D. y E.R. DE LUCCA. 2001. Biología reproductiva del Águila Mora (*Geranoaetus melanoleucus*) en la Patagonia Sur, Argentina. El Hornero 16 (2) 77-84, Buenos Aires.

SAGGESE, M.D. y E.R. DE LUCCA. 2004. Live mammal prey (*Zaedyus pichiy*) in a nest of the black-chested buzzard-eagle (*Geranoaetus melanoleucus*). Journal Raptor Research 38:101-102.

TREJO, A., M. KUN y S. SIEJAS. 2006. Diet of the black-chested buzzard-eagle (*Geranoaetus melanoleucus*) in a west-east transect in a northern Patagonian ecotone. El Hornero 21:31-36, Buenos Aires.

ZORZIN, G., C.E.A. CARVALHO y E.P.M. CARVALHO FILHO. 2007. Breeding biology, diet, and distribution of the black-chested buzzard-eagle (*Geranoaetus m. melanoleucus*) in Minas Gerais, southeastern Brazil. Páginas 40-46 en Neotropical raptors (K.L. Bildstein, D.R. Barber, and A. Zimmerman, eds.). Hawk Mountain Sanctuary, Orwigsburg, PA, U.S.A.

